

POR UNA GLOBALIZACIÓN JUSTA: EL TRABAJO COMO OBJETIVO GLOBAL Y HEMISFÉRICO

Virgilio Levaggi*

Fecha de recepción: 4 de octubre de 2004. Fecha de aceptación: 10 de octubre de 2004.

La caída del Muro de Berlín alimentó la idea de que la humanidad transitaría hacia el desarrollo —en paz y por el mismo camino— de la mano de la democracia, el libre comercio y el pleno respeto a los derechos humanos. Se generó así un desborde de expectativas respecto de un progreso presentado como automático.

En plena efervescencia de esta utopía, en 1994, el Consejo de Administración de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) —conformado por gobiernos y representantes de trabajadores y empleadores— creó el Grupo de Trabajo sobre la Dimensión Social del Libre Comercio Internacional, en el cual participaban países integrantes de dicho Consejo, así como actores globales relevantes como el Banco Mundial, el Fondo Monetario Internacional y la Organización Mundial del Comercio. Se reconocía la ambivalencia del modelo de desarrollo que se auspiciaba en el nivel mundial.

Desde la llegada de Juan Somavia a la Dirección General de la OIT, la organización ha anunciado y denunciado luces y sombras de la globalización para lograr una mejor aproximación a los problemas y oportunidades que aquella presenta para la construcción de la paz y el desarrollo. Además, se ha propuesto, sin caer en la *globalifobia* o la *globalfilia*, y en coherencia con lo que sería uno de los llamados centrales de la Declaración del Milenio, hacer de la globalización una “fuerza positiva para todos los habitantes del mundo”.

Un estilo de trabajo: el diálogo

En 2002, a partir de la experiencia del Grupo de Trabajo mencionado, la OIT estableció la Comisión Mundial sobre la Dimensión Social de la Globalización, la cual reúne a 26 personalidades independientes —entre ellas un premio Nóbel de Economía— provenientes

* Director Regional Adjunto de la Organización Internacional del Trabajo (OIT) para América Latina y el Caribe. Correo electrónico: levaggi@oit.org.pe

tes de diversas regiones del mundo, de diferentes campos del quehacer humano y con posiciones, intereses y experiencias muy disímiles frente al proceso globalizador. Estuvo presidida por los jefes de Estado de Finlandia y Tanzania, una mujer y un hombre, respectivamente; dos mundos diferentes, dos experiencias contrapuestas de los impactos nacionales de la globalización, dos líderes en funciones aunados por el deseo de encontrar un camino común.

El eje del trabajo de dicha Comisión fue, desde un primer momento, el impacto de la globalización en la vida laboral, familiar y social de la gente, lo cual incluyó sus efectos en empleo, condiciones de trabajo, ingreso y protección social. Además de lo laboral, la dimensión social incluye cuestiones como seguridad, cultura e identidad, exclusión e inclusión social y cohesión de familias y comunidades.

Su amplia diversidad y el ejercicio responsable del diálogo entre perspectivas muy diferentes son factores que contribuyeron a dar fuerza y legitimidad a las conclusiones y proposiciones de la Comisión, contenidas en su Informe “Por una globalización justa: crear oportunidades para todos”.¹

La Comisión Mundial se reunió en seis oportunidades y resultó relevante para sus labores que “tirara un cable a tierra”, mediante 25 consultas nacionales y regionales en todo el mundo para *ver* la globalización con los ojos de la gente.

La contribución de la región

De octubre de 2002 a enero de 2003 se realizaron diálogos nacionales en Brasilia, San José de Costa Rica, Santiago de Chile y ciudad de México; uno binacional uruguayo-argentino; uno caribeño en Bridgetown y uno latinoamericano en Lima. Entre los participantes destacan el ex presidente de Costa Rica y el Primer Ministro de Barbados; ministros de Estado y funcionarios del poder ejecutivo; parlamentarios y políticos, entre ellos el ex presidente de Uruguay, Julio María Sanguinetti; dirigentes empresariales y sindicales; representantes de la sociedad civil, académicos destacados, comunicadores sociales y funcionarios de Naciones Unidas.

En estas consultas apareció como tema destacado la articulación de la integración y el libre comercio: cómo insertarse en *una* globalización que promueva el desarrollo humano y beneficie a los ciudadanos. En la región se reconoce que se participa en la globalización desde un contexto de crisis, mientras que los países desarrollados lo hacen desde la prosperidad. También que una inserción ventajosa de la región en la globalización pasa por los procesos de integración regional y subregional en los cuales están comprometidos sus sociedades: Tratado de Libre Comercio de América del Norte, Sistema de Integración Centroamericano, Mercado Común del Caribe, Comunidad Andina de Naciones, el Mercado Común del Sur y el proceso de Cumbre de las Américas, entre los principales.

¹ <http://www.ilo.org/wcsdg>

Se ha tomado conciencia de que la integración y la cooperación hemisférica, regional o subregional, y aún más allá del continente, pueden contribuir a humanizar la globalización pues habilitan a los ciudadanos para una mejor gestión de las fuerzas económicas mundiales y ayudan a la formación de capacidades que permitan a la gente conectarse ventajosamente con el mundo y pueda aprovechar cabalmente las oportunidades globales.

Otra característica de los diálogos latinoamericanos fue la importancia del trabajo en tiempos de escaso crecimiento económico e insuficiente generación de empleo, justamente, en la región en donde la distribución del ingreso es la más desigual en el nivel mundial.

En los diálogos latinoamericano y caribeño se tomó conciencia de que

es en el mundo del trabajo donde la gente decodifica su calidad de vida; por ello no debe extrañar que la no-creación de suficientes empleos de calidad se está transformando en la síntesis de la fatiga con respecto a la globalización y aparezca entre las principales debilidades del emergente sistema global.

El empleo sigue siendo el medio principal a través del cual las personas definen la propia identidad y su posición en la comunidad, pues permite participar en la vida productiva de una sociedad y adquirir ingresos, contribuye con la autoestima y la realización personal, provee prestigio social y facilita la participación cívica y política de los ciudadanos. El trabajo ha sido, es y —previsiblemente— será componente sustantivo del “contrato social” que sustenta la gobernanza nacional y que debe sostener aquella mundial.

El trabajo que dignifica y permite el desarrollo de las propias capacidades no es cualquier trabajo; no es decente el trabajo que se realiza sin respeto a los principios y derechos laborales fundamentales, ni el que no permite un ingreso digno y proporcional al esfuerzo realizado, sin discriminación de género o de cualquier otro tipo, ni el que se lleva a cabo sin protección social ni aquél que excluye el diálogo social. *Trabajo decente* es aquella ocupación productiva que es justamente remunerada y que se ejerce en condiciones de libertad, equidad, seguridad y respeto a la dignidad humana.²

Distinguidos latinoamericanos han sido parte de la Comisión: Ruth Cardoso (Brasil), Daniel Funes de Rioja (Argentina), Julio María Sanguinetti (Uruguay), Juan Somavia (Chile) y Hernando de Soto (Perú).

El Informe

Las conclusiones de la Comisión Mundial pueden ser caracterizadas como críticas, positivas y realistas.

Críticas porque recogen lo que demasiada gente en el mundo siente: que el actual modelo de globalización no está rindiendo los frutos prometidos. Hay fuertes asimetrías y desequilibrios que las personas resienten en su vida cotidiana. Una continuidad sin cambio de la actual globalización no es políticamente sustentable ni éticamente defendible. Sus

² Orr, *Diálogos, América Latina y el Caribe de la Comisión Mundial sobre la Dimensión Social de la Globalización*, Lima, 2003, p. 14.



reglas favorecen a los más fuertes y mejor preparados, sean éstos personas, empresas o países.

Positivas porque reconocen las ventajas de la globalización y el gran potencial que tiene si se maneja con sabiduría. La mayoría de la gente no tiene una actitud ideológica frente a la globalización, sino que predomina el deseo de formar parte de ella y de sus beneficios. La Comisión enfatiza que: *a)* el cambio es posible, *b)* el actual rumbo no es inevitable, y *c)* hay posibilidad de modificaciones sensatas a las políticas predominantes para expandir las oportunidades de la globalización. Todo ello en economías y sociedades abiertas.

Realistas porque ofrecen recomendaciones prácticas y viables basadas en observaciones estratégicas. Algunas más difíciles de implantar que otras, pero todas con la suficiente dosis de sentido común para ser aplicables y liberar las potencialidades de la globalización, mediante el uso inteligente del mercado y de políticas macroeconómicas que fomenten un crecimiento de calidad.

¿Qué hacer entonces? Como lo viene indicando el Director-General de la OIT:

- *Comenzar por casa.* Se ha privilegiado por demasiado tiempo lo global a expensas de lo local. No habrá globalización exitosa sin localización exitosa.
- *Establecer reglas del juego justas.* Acordar normas equitativas en el nivel global para comercio, finanzas, corrientes de capital y tecnológicas, migración, asuntos laborales y deuda externa.
- *Replantear la gobernanza global.* Hay que mejorar la actuación de instituciones internacionales. La gestión de los organismos con mayor influencia en el desarrollo económico-social de algunos países y el diseño de la globalización debe ser transparente, democrática, eficiente, equitativa y, sobre todo, respetar las opciones nacionales. Todos los organismos internacionales deben definir su contribución a una globalización justa.

La centralidad del trabajo decente

El tránsito de la globalización como promesa a la globalización como realidad —que beneficie a la mayoría de hombres y mujeres en el mundo— supone múltiples desafíos y demanda la convergencia de voluntades diferentes en compromisos comunes.

Uno, central por consideraciones de diversa índole, es el trabajo. La Comisión Mundial sobre la Dimensión Social de la Globalización señala que el *trabajo decente* debería convertirse en un objetivo global que han de procurar todos los países. La aspiración de trabajo decente y oportunidades de empleo es la demanda democrática más generalizada.

En todos los países, la Comisión constató que la gente define su propia relación con la globalización en función de su empleo: oportunidades, calidad, protección social, seguridad del empleo. Ahí radica el núcleo de una globalización exitosa para todos. Por ello,

señala que los organismos internacionales pertinentes deben contribuir a una convergencia de políticas en torno a la creación de empresas y trabajo decente. Si hoy el mundo tuviera pleno empleo, no hay duda de que la resistencia a la globalización sería mucho menor.

La promoción del trabajo decente gira alrededor, al menos, de seis ejes:

- El empleo como parte central de políticas económicas y sociales más integradas.
- La dinamización de lo local como un factor de desarrollo y generación de empleo.
- Aplicación de la normativa laboral, especialmente los convenios fundamentales de trabajo.
- Un entorno macroeconómico y legal que conduzca a tasas de inversión altas y creación de empresas, sobre todo micro, pequeñas y medianas.
- Ampliación de la cobertura de los sistemas de protección social.
- El diálogo social como instrumento para definir políticas y solucionar conflictos.



Una mirada desde la región

Lograr que el mundo avance hacia una globalización justa es posiblemente la prioridad de una política internacional más urgente para la región. La globalización requiere reformas para responder a las necesidades de la gente; pero América Latina y el Caribe, a su vez, necesitan reformas para beneficiarse de las nuevas circunstancias.

Conviene recordar que la política exterior de los estados busca, entre otros objetivos, responder a las necesidades internas de sus respectivas sociedades aprovechando oportunidades externas. Por ello resulta impensable que la política exterior de las naciones latinoamericanas y caribeñas ignore de cuestiones como la pobreza —la cual afecta a gran parte de sus habitantes— y la promoción del trabajo decente para conseguir el progreso que anhelan mujeres y hombres de nuestras tierras.

No somos la región más pobre del mundo y, por ello, las desigualdades sociales son tan hirientes y difíciles de aceptar; éstas no son culpa de la globalización, vienen de lejos, pero tampoco se han revertido con el actual modelo y, en muchos casos, han empeorado, a pesar de los recurrentes ajustes estructurales implantados.

Algunas cifras relevantes son:

- Entre 1980 y 2003 creció la tasa de desempleo regional urbano de 6.0% a 11.0% en 2003.
- Entre 1980 y 2003, el poder adquisitivo de los salarios mínimos se redujo 24%; en siete países más de 50%.
- Desde 1990, siete de cada diez nuevos ocupados se ubican en el sector informal.
- La cobertura de seguridad social disminuyó desde 1990.

En todos esos indicadores, las mujeres se encuentran en una situación peor que los hombres: sus ingresos son inferiores, mientras que sus tasas de desempleo, vínculo al trabajo informal y desprotección social son superiores. Lo mismo ocurre con las poblaciones indígenas y afro-descendientes.

Estas cifras regionales varían según los países, pues algunos han logrado sortear los obstáculos gracias a sus políticas nacionales y al aprovechamiento de ciertos aspectos de la globalización. No son sólo un dato técnico, una estadística más. Revertir esta tendencia en la región constituye una urgente necesidad social y política de nuestro tiempo. El déficit de *trabajo decente* resquebraja la cohesión social, hace perder credibilidad a las autoridades públicas y privadas, además debilita la democracia.

El reciente informe del PNUD acerca de *La Democracia en América Latina*³ es una llamada atención que confirma su pertinencia al revisar los resultados de la encuesta Latinobarómetro.⁴

El Informe revela que en 2002, más de la mitad de mujeres y hombres latinoamericanos aceptaría un *régimen autoritario* si le resolviera sus problemas económicos, con el desempleo a la cabeza.

En 2000, 12% de los entrevistados por Latinobarómetro indicaba que el ingreso familiar no alcanzaba hasta el fin de mes. A cuatro años, este porcentaje casi se ha duplicado y ello genera presiones sociales que se agudizan cuando 76% de entrevistados —los cuales trabajan— están preocupados por la posibilidad de quedar desempleados en los próximos doce meses. El porcentaje llega a 91% en Guatemala.

El año pasado, en una encuesta a la población pobre, la Secretaría de Desarrollo Social de México encontró que para 52.1% de entrevistados, “lo más necesario para que su situación mejore es tener más y mejores trabajos”.

Nuestra región está muy consciente de que el empleo es un desafío democrático, por tanto, se puede afirmar que la falta de *trabajo decente* es el principal problema político en América Latina.

En el último año, los líderes hemisféricos han reconocido el lugar central que en la agenda americana debe tener *el trabajo decente*, vinculado con los atributos de libertad, justicia, seguridad y protección, habida cuenta de su carácter de principal medio de integración socioeconómica y política. También lo han hecho los ministros de Trabajo así como los de Comercio reunidos en Salvador y Miami, respectivamente, a fines del año pasado.

En la XIII Cumbre Iberoamericana, realizada en Santa Cruz de la Sierra (Bolivia) en noviembre de 2003, los jefes de Estado y de Gobierno sostuvieron que la lucha contra la pobreza es esencial para la promoción y consolidación de la democracia. Se afirma que

³ PNUD, *La democracia en América Latina. Hacia una democracia de ciudadanas y ciudadanos*, Buenos Aires, 2004.

⁴ <http://www.latinobarometro.org/>

la superación de la pobreza requiere de la aplicación de políticas integrales, definidas y desarrolladas por el Estado con la participación de todos los sectores de la sociedad, siendo el crecimiento económico una condición necesaria pero insuficiente para promover una mejor calidad de vida y eliminar la exclusión social.

Ellos afirmaron:

Tenemos la certeza de que la pobreza no se resuelve con planes asistenciales. Aún cuando éstos constituyan un paliativo obligado hasta la efectiva solución del problema, debe evitarse que cristalice una sociedad dividida entre quienes tienen trabajo y quienes son asistidos. Por ello, nos proponemos impulsar todas las acciones necesarias para disminuir las elevadas tasas de desocupación que castigan a nuestras sociedades, generando condiciones propicias para el desarrollo de los negocios y la inversión productiva y mediante programas de capacitación y de generación de empleo que permitan insertar a los desempleados, en las actividades productivas. Asimismo, reafirmamos nuestra convicción de que el trabajo decente tal como es concebido por la OIT, es el instrumento más efectivo de promoción de las condiciones de vida de nuestros pueblos y de su participación en los frutos del progreso material y humano.⁵

Los líderes iberoamericanos se propusieron impulsar todas las acciones necesarias para disminuir las elevadas tasas de desocupación que castigan a las sociedades, generando condiciones propicias para el desarrollo de los negocios y la inversión productiva y programas de capacitación y de generación de empleo que permitan insertar a los desempleados.

La Cumbre Extraordinaria de las Américas —celebrada en Monterrey (Nuevo León, México), el pasado enero— reunió a los jefes de Estado y de Gobierno con el propósito de impulsar la prosperidad, promover la inclusión social y una distribución más equitativa del crecimiento económico, eliminar el hambre, elevar los niveles de vida, generar nuevas oportunidades de empleo y de inversión, y promover el trabajo decente, entre otras cuestiones.

En la Declaración de Nuevo León se sostiene que el bienestar de los pueblos requiere del logro de tres objetivos estrechamente vinculados e interdependientes: crecimiento económico con equidad para reducir la pobreza, desarrollo social y gobernabilidad democrática.

Para la superación de la pobreza postulan que:

las políticas económicas y sociales coordinadas e integradas son un requisito para el éxito en el combate a la desigualdad de oportunidades y la marginación, y que tales políticas son pilares fundamentales para edificar una sociedad más justa. Enfatizamos que el trabajo, el empleo y el ingreso son esenciales para una política social incluyente.⁶

En este sentido, reconocen los esfuerzos realizados por países del hemisferio para atender los problemas sociales suscitados por la desocupación, tales como la adopción de sistemas de seguro de desempleo o programas de ingreso de subsistencia. Esta Declaración

⁵ <http://www.oei.es/xiiicumbreddec.htm>

⁶ <http://www.summit-americas.org/SpecialSummit/Declarations/Declaration%20of%20Nuevo%20Leon%20-final-span.pdf>



destaca la importancia de la cooperación entre países de origen, tránsito y destino para asegurar la plena protección de los derechos humanos de todos los migrantes, incluidos los trabajadores migratorios y sus familias. Además de la observancia de las leyes laborales aplicables a ellos, de conformidad con los compromisos asumidos en las Cumbres de Santiago y de Quebec. Se manifiesta un compromiso con los principios del trabajo decente establecidos por la Organización Internacional del Trabajo y se promueve la aplicación de la Declaración relativa a los Principios y Derechos Fundamentales en el Trabajo, con el convencimiento de que el respeto de los derechos y la dignidad de los trabajadores es un elemento esencial para alcanzar la reducción de la pobreza y el desarrollo social y económico sostenible de nuestros pueblos.

Los jefes de Estado y de Gobierno de América Latina y el Caribe, reunidos con sus pares europeos, señalaron en Guadalajara, en mayo de este año, que están:

comprometidos con los principios de trabajo decente proclamados por la Organización Internacional del Trabajo, con la convicción de que el respeto por los derechos y la dignidad de los trabajadores es vital para lograr la reducción de la pobreza y el desarrollo social y económico sostenible de nuestros pueblos.⁷

En nuestro continente, los líderes están conscientes de que la generación de más y mejores trabajos es un desafío que se debe enfrentar.

Los americanos, por los valores libertarios que hemos forjado en tantas luchas, tenemos mucho que aportar en la construcción de una mejor globalización. Asumir el reto de darle a un rostro más justo a ésta comienza por casa y tiene que ser un esfuerzo de todos los sectores de la vida nacional. En ello la cooperación subregional, regional y hemisférica juega un papel fundamental.

La promoción de *trabajo decente para una globalización justa, con oportunidades para todos* es una demanda de primer orden desde Alaska hasta la Tierra del Fuego y avanzar en ello significará un aporte sustantivo para humanizar la globalización y avanzar en la realización de los ideales de paz y desarrollo que son parte del patrimonio común del Hemisferio y de la humanidad. 

⁷ http://www.alcue.org/alcue/web/doctos/Declaracion_Final_REESTRUCTURADA.pdf